

GHEISAS

Las primeras fotografías fueron hechas en 1827 por el científico francés Nicéphore Niépce. Unos años después el pintor francés Louis Jacques Mandé Daguerre realizó fotografías en planchas recubiertas con una capa sensible a la luz de yoduro de plata: el daguerrotipo. En 1861, el físico británico James Clerk Maxwell logró con éxito la primera fotografía en color. Pero la fijación permanente, resistente y flexible de la imagen se logró en 1869 con la invención del celuloide. Hacia fines del siglo XIX los materiales fotográficos fueron fabricados a escala comercial y la fotografía fue incluida como un nuevo género en la división general de las artes.

La excelente fotografía del artista japonés A. K. Kimbei, *Gheisas* (c. 1885) es un ejemplo notable de esa armonía de los contrarios que constituye en ocasiones la esencia del arte. La composición refleja admirablemente el equilibrio entre el elemento apolíneo y dionisiaco, sensual e intelectual, logrado en gran medida por lo acertado de la elección.

En primer lugar, hay que conocer la legendaria figura de la gheisa y su forma de vida, muy superior al de la prostituta occidental. De hecho, las gheisas en la actualidad prácticamente han desaparecido. Tampoco en Japón hay que confundir a las gheisas con las cortesanas o profesionales del sexo. En el siglo XIX, cuando fue tomada la fotografía, las gheisas eran especialistas del entretenimiento destinadas a satisfacer los refinados deseos de las clases altas; recibían una esmerada educación tanto en su lenguaje como en el modo de vida de la sociedad japonesa y disponían para complacer a sus clientes de un amplio repertorio de habilidades, como la música, la danza o la narración. Una gheisa es una artista que baila, toca un instrumento o narra una historia para esparcimiento de los hombres. Las relaciones sexuales no eran el objetivo prioritario de su actividad, aunque, por supuesto, no eran descartables. La gheisa representa, en

resumen, la unidad oriental entre la espiritualidad del alma y la belleza del cuerpo.

La fotografía de Kimbey es una composición vertical, sin que su puesta en escena refleje jerarquía. Cuatro atractivas jóvenes muestran sus encantos tras despojarse de la mitad del vestido. Se encuentran, sin duda, en el salón principal de la casa donde reciben a sus acomodados clientes.

A pesar del clima erótico que trasmite, recuerda formalmente un retrato convencional de familia e incluso a un grupo de altos cargos posando para la prensa.

Las tres gheisas forman una perfecta simetría cuyo eje son los pechos de la que está en el centro. La cuarta rompe con los efectos de una figura demasiado evidente. Por lo demás, cada uno de los rostros refleja una personalidad única que invita a soñar por separado con la promesa de un mundo de placeres sensibles e intelectuales.

Pero la fotografía es también un alegato contra la asignación de los papeles sexuales en la cultura japonesa. La composición no tiene nada de natural en relación con la época. No se trata de un mero informe social en el que el ojo del artista se distancia para presentar los hechos. Las gheisas que vemos no son reales. La composición no es una escena histórica sino psicológica y moral. La desnudez impuesta es una anticipación de los tristes pensamientos que se ocultan tras los rostros de las jóvenes. Una por una podemos descifrar la incertidumbre, la humillación, la resignación, el desamparo y también la cohesión del grupo como un bálsamo para sus vidas. Al contemplar con atención la escena, un sentimiento buscado de ternura y compasión inunda al espectador. La mirada de Kimbei no es descriptiva sino crítica y, sobre todo, intensamente emocional.